

La arqueología del saber: una relectura de las tensiones epistemológicas de las ciencias humanas¹

María del Pilar Britos²

RESUMEN

En este artículo consideramos los desplazamientos que producen las categorías de la arqueología del saber propuesta por Michel Foucault en el terreno del debate epistemológico de las ciencias humanas. Explicitando el alcance de esta perspectiva, planteamos la importancia de indagar las complejas tensiones que han ido configurando la relación entre los lenguajes que se despliegan en el campo de estas ciencias y los ordenamientos discursivos que responden a las pretensiones de una metadiscursividad criterial.

Palabras clave: *epistème*, Ciencias humanas, discursos, *a priori* histórico, justificación epistemológica.

ABSTRACT

In this article we consider the movements produced by the categories of the archaeology of knowledge given by Michel Foucault in the field of epistemological debate in the human sciences. Explaining the reach of this perspective, we remark the importance of investigating the complex tensions that have configured the relations between languages that are deployed in the field of these sciences and discursive systems that respond to the claims of a criterial metadiscourse.

Key words: *epistème*, human sciences, discourses, historical *a priori*, epistemological justification.

¹ Artículo recibido: 12 de enero de 2011. Aceptado: 2 de mayo de 2011.

² Correo electrónico: pilarbritos@arnet.com.ar.

En *La arqueología del saber*³ Foucault abre un espacio de análisis de las formaciones discursivas que le permite retrabajar la problemática epistemológica de las ciencias humanas atendiendo especialmente a la tensión que habita el lenguaje en el que estos discursos serios exponen sus pretensiones de validez.

Su perspectiva analítica se incorpora, no sin conflictos, en el espacio de debate que, en la segunda mitad del siglo XX, intenta avanzar en la discusión del estatuto epistemológico de las ciencias humanas cuestionando la pretensión de conformar el lenguaje de estas ciencias a los modos de elaboración requeridos por una 'lógica de la investigación científica' que asienta su propio estatuto en una política de demarcación (Popper 1977). Lo que Foucault advierte es que, más acá de los desplazamientos producidos en relación a los monismos o dualismos epistemológicos de finales del XIX y principios del XX, en la práctica misma de la discusión se ha consolidado un régimen de reconocimientos en el que ya no quedan dudas de la necesidad de analizar el trabajo de las ciencias desde un metadiscurso cuyo lenguaje se estructura en torno a una función criterial. Es decir, aplicando sobre sus propios textos los códigos del discurso epistemológico, las ciencias explicitan los elementos y relaciones que atestiguan la validez de sus producciones.

En el caso de las ciencias del hombre, esta auto-reflexión epistemológica exige rever las condiciones y las pretensiones que particularmente organizan sus procesos de objetivación. Se impulsa así la dinámica de un juego relacional a través del cual se preservan los términos de un régimen binario: concretamente, la auto-reflexión de las ciencias del hombre sustenta su posibilidad de autorización en las reglas de un discurso que se configura al margen —o por lo menos en los márgenes— de las experiencias que motivan sus prácticas epistémicas. Dicho en otras palabras, las ciencias hablan de sí mismas empleando el idioma de una discursividad que, aún atendiendo a la diversidad de condiciones y producciones de saber, tiene el efecto de reforzar los binarismos de las políticas de demarcación.

Ciertamente, no está cerrada la discusión acerca de la necesidad y la legitimidad de trazar y de mantener determinadas fronteras ente los discursos que cumplen las reglas del conocimiento científico y aquellos que no satisfacen sus requisitos. Pero al mismo tiempo es insoslayable la crítica a los efectos de este dispositivo de demarcación. Y aquí es donde resulta más significativa la perspectiva de una mirada arqueológica capaz de considerar el modo en que el discurso de una epistemología criterial forma parte de las condiciones

³ Nos referimos a la propuesta que Michel Foucault desarrolla en sus primeras obras y a su específica sistematización en el texto *L'archéologie du savoir* [AS] publicado en 1969.

históricas de producción de conocimientos, tanto en el momento en que las ciencias del hombre se constituyen como tales como en las instancias de redefinición de esta posibilidad⁴. Parece claro que sólo después de una relectura de esta interacción podremos replantear la cuestión de las vinculaciones —no sólo epistémicas sino éticas y estéticas— comprometidas en el lenguaje que dice la experiencia del hombre.

La pregunta es: ¿en qué términos es posible pensar esta tensión que sustenta la articulación del discurso de las ciencias —y en especial de las ciencias humanas— en el régimen del discurso criterial? A partir de este interrogante, intentaremos explicitar el movimiento categorial que Michel Foucault lleva a cabo en su ‘arqueología de las ciencias humanas’⁵.

SOBRE EL *A PRIORI* HISTÓRICO DE LAS FORMACIONES DISCURSIVAS.

En la lectura de *La arqueología del saber* una noción nos sorprende: Foucault habla de *a priori histórico*, esto es “un *a priori* que sería no condición de validez para los juicios sino condición de realidad para los enunciados” (AS 167).

Parece claro que lo que el filósofo francés pretende forjar es una clave categorial que le permita analizar la relación entre las cosas dichas y su condición de posibilidad entendiendo a ambas en su estatuto de efectividad histórica. Pero la pregunta que surge al leer estas páginas de *La arqueología del saber* es ¿por qué seguir vinculando los discursos a un *a priori* si a éste no se le reconoce un estatuto que trascienda los límites de la experiencia histórica? ¿Por qué no referirse simplemente a las condiciones históricas de los discursos?

Una primera respuesta es que Foucault vuelve a los términos de la crítica kantiana para distanciarse del modelo historicista que interpreta que las ciencias emergen y se transforman a partir de la proyección en el campo del conocimiento de una historia que sería, en general, la de la razón o la de

⁴ En esta perspectiva, nos parece interesante destacar dos momentos: el momento en que la experiencia humana pasa a constituirse en objeto de conocimiento y sus significados se enuncian según los cánones de los procedimientos de objetivación: observación, clasificación, jerarquización, etc.; y luego el momento en que la experiencia revela sus significados a propósito de las preguntas que se plantean desde una mirada interpretativa que sospecha de los límites del lenguaje expreso. Como veremos más adelante, Foucault trabaja el primer momento al exponer las condiciones del nacimiento de las ciencias humanas en *Las palabras y las cosas* y el segundo momento al discutir las pretensiones y efectos de una ‘hermenéutica del sujeto’. En el presente trabajo sólo desarrollamos el primer momento.

⁵ ‘Una arqueología de las ciencias humanas’ es el subtítulo de *Las palabras y las cosas*, obra publicada por Michel Foucault en 1966.

una mentalidad (*cf.* AS 168). Foucault objeta esta interpretación exponiendo recorridos en los cuales los procesos de producción de los discursos científicos dan cuenta que ellos comportan ‘otro tipo de historia’; una historia que, sin ser aislada, ‘les pertenece’ en tanto es en la dinámica de las transformaciones que acontecen en el plano propio del discurso. La figura del *a priori histórico* le permite entonces reconocer el conjunto de reglas inmanentes a cada práctica discursiva atendiendo a su transformabilidad efectiva.

El arqueólogo rastrea las formaciones discursivas emergentes como válidas en una determinada época atendiendo a la fuerza de su movimiento. Advierte así que los discursos se constituyen en cierta relación de continuidad/discontinuidad respecto de las fronteras de visibilidad y de enunciabilidad de los ordenamientos vigentes. Es entonces en la relacionalidad de este ejercicio de fuerza —y no por fuera de él— que las condiciones de posibilidad se constituyen como tales; es decir, siendo ellas mismas históricas operan como *a priori* respecto de las disposiciones enunciativas de los discursos.

Este *a priori* es lo que, en una época dada, recorta en la experiencia un campo de saber posible, define el modo de ser de los objetos que ahí aparecen, otorga poderes teóricos a la mirada cotidiana y define las condiciones en las cuales se puede sostener, sobre las cosas, un discurso reconocido como verdadero (LMC 171).

Esto es, si en el umbral que determina el nacimiento de ciertas formaciones discursivas hay un conjunto de condiciones que sustentan y regulan su desarrollo, éstas sólo pueden reconocerse en la contingencia y discontinuidad de su ejercicio.

Contingencia y discontinuidad son los aspectos que este autor pretende tener en cuenta cuando propone la noción de ‘*archivo*’ para referir a estos ‘sistemas’ / juegos de relaciones que permiten que ciertas enunciaciones acontezcan como tales en un momento histórico preciso.

El archivo es, ante todo, la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. [...] Es lo que define el modo de actualidad del enunciado-cosa; es el sistema de su funcionamiento [...]. El archivo define un nivel particular [...y...] hace aparecer las reglas de una práctica que permite a los enunciados a la vez subsistir y modificarse regularmente (AS 170-171).

Lo que queremos subrayar aquí es que hablar de *a priori histórico* y de *archivo* implica entender que las condiciones de posibilidad efectiva de las formaciones discursivas no pueden ser analizadas en referencia a un contexto

histórico pero tampoco pueden ser dirimidas apelando a un ordenamiento que se pretende ahistórico. Es preciso trabajar en la imbricación de estos dos niveles y ver de qué manera la emergencia de un saber validado en términos de ‘discurso serio’ comporta una serie de procesos correlativos que, en conjunto, configuran un determinado juego de reglas en cuyo marco se hace ‘posible’ dicha emergencia en su singularidad (Foucault 1984 632).

Pero la arqueología foucaultiana no sólo objeta la perspectiva historicista. Al mismo tiempo busca distanciarse de una epistemología que ha hecho de la matriz kantiana la clave para autoadjudicarse el lugar de un discurso criterial. Y es que ya no se trata de analizar las condiciones de la posibilidad en términos de ‘qué es lo que debería poder darse’ para que sea posible un movimiento cognoscente. Cuando Foucault adhiere a la figura de la *epistème* la noción de *a priori histórico*, su pretensión es mostrar que las condiciones de posibilidad y de legitimación de los ‘discursos serios’ no pueden discernirse a partir de las relaciones que establece una estructura formal metadiscursiva.

Entonces, ni preguntar por las condiciones de toda experiencia posible, ni remitir las formaciones discursivas a niveles empíricos que, de alguna manera, les serían exteriores. La cuestión a la que pretende dar acceso la noción de *a priori histórico* en su aparente paradoja —o mejor, como dice el mismo Foucault, en la barbarie terminológica que conlleva (cf. AS 167)— no es otra que la de la relación entre el devenir efectivo de los discursos, y los principios y regulaciones específicas que los organizan⁶. Esta cuestión es la que orienta el trabajo del arqueólogo del saber: rastrear las marcas de los movimientos/plegamientos que han dado lugar a que ciertas lógicas configuren el suelo/el *archivo*⁷ de los acontecimientos discursivos.

¿Cuáles fueron las condiciones que hicieron que en una época dada se considerara que el tratamiento de determinada problemática se hacía viable a través de relaciones conceptuales, posiciones subjetivas y estrategias enunciativas precisas?

⁶ Resulta interesante advertir que la perspectiva arqueológica foucaultiana encuentra una situación especialmente rica para este análisis cuando, al traducir la obra de I. Kant *Antropología en sentido pragmático* (1798), encuentra la oportunidad de rastrear en un texto eminentemente ‘histórico’ la condición de posibilidad de las problematizaciones de la filosofía trascendental (cf. Foucault 2009).

⁷ “El archivo es, ante todo, la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. [...] Es lo que define el modo de actualidad del enunciado-cosa; es el sistema de su funcionamiento. [...] El archivo define un nivel particular [...] hace aparecer las reglas de una práctica que permite a los enunciados a la vez subsistir y modificarse regularmente” (AS 170-171).

Esta es la tarea del arqueólogo: rastrear las capas previas en el relieve de los discursos, acceder al archivo de las cosas dichas. Y ésta es también su frontera. Puesto que la totalidad de los archivos no es en tanto tal analizable, se interrumpe la tensión interrogativa de la filosofía trascendental. Y finalmente se acaba desmintiendo la pretensión de justificar las opciones que orientan la trama discursiva apelando a una criterialidad que pudiera conformarse más allá de los propios límites enunciativos (cf. AS 172).

La tensión kantiana entre *quaestio iuris* y *quaestio facti* no se diluye sino que se sitúa ahora en el terreno mismo de las cosas dichas. Es decir, sólo podemos mantener la distinción entre un plano metadiscursivo y uno discursivo a sabiendas que ambos se conforman, tanto en su correspondencia como en su diferencialidad, en el movimiento de las prácticas discursivas.

Entonces, si confrontamos estas líneas de lectura con las perspectivas de análisis del paradigma epistemológico clásico vemos que, a partir de esta noción de '*a priori histórico*'... por una parte, se conmueve el suelo de problematización que había centrado la discusión en la figura de una racionalidad criterial exterior a los discursos que intenta regular⁸; por otra parte, se resiste a debilitar la fuerza del análisis crítico consintiendo una solución relativista que asimile los procedimientos de justificación de los 'discursos válidos' a procesos de aceptación meramente empíricos (socio-históricos)⁹.

Más allá de las discusiones que se suscitaron en torno a este planteo, está claro que en la propuesta foucaultiana se afirma la necesidad de un desplazamiento: el juego de condiciones epistémicas de las prácticas discursivas ha de ser analizado en su positividad, y, en consecuencia, el alcance de sus pretensiones criteriosales ha de ser reconsiderado atendiendo a la contingencia y discontinuidad de su estatuto relacional¹⁰.

⁸ En escritos posteriores Foucault expone una mirada genealógica a través de la cual se desnaturaliza el archivo de esta racionalidad criterial analizando "el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se liga a lo verdadero efectos políticos de poder". (cf. Foucault 1979 188).

⁹ Podemos remitir aquí a la confrontación entre Foucault y Rorty (cf. Britos 2004).

¹⁰ En un 'segundo' desplazamiento, las regulaciones que organizan la distribución de los discursos en una época dada y su incidencia en la configuración de la experiencia de los individuos va a ser trabajada en términos de 'régimen de verdad'. Se trata de un movimiento que marca el paso de la arqueología a la genealogía foucaultianas, cuando el filósofo francés retoma las claves de la crítica nietzscheana a la vinculación entre razón y poder y propone analizar/desnaturalizar las 'políticas de verdad' hegemónicas. (cf. Foucault 1979 189).

MOMENTOS, MARCAS Y DISCONTINUIDADES EPISTÉMICAS

En la obra titulada *Las palabras y las cosas* el filósofo francés expone un detallado recorrido histórico en el que da cuenta de los ordenamientos epistémicos y las rupturas que anteceden al momento de aparición de estos discursos que se caracterizan por expandir la racionalidad propia del sujeto moderno para hacer de la experiencia humana un objeto de conocimiento. Este momento es localizado a principios del siglo XIX, cuando la inquietud por leer el conjunto de los procesos que hacen a la vida cultural/económica/social requiere que el hombre sea analizado en tanto autor/actor que significa estos procesos mientras forma parte de ellos. Pero es preciso recorrer los momentos previos para comprender la compleja conformación de este espacio epistémico.

Un par de siglos antes, en la época que Foucault denomina ‘clásica’, el desarrollo de las ciencias se caracterizaba por su confianza en la función representativa del lenguaje; no se dudaba de la posibilidad de enunciar las relaciones y variaciones de los fenómenos en el idioma de las sistematizaciones y taxonomías; así se desarrollaron saberes tales como la Historia Natural, la Gramática General y la Teoría de la moneda y del valor, que (se) afirmaron (en) la idea de que “los signos ordenan las representaciones”. La *epistème* clásica atestigua así que el saber es un ordenamiento que se construye y se expone a través de una nominación de lo visible y una enunciación de las formas de su existencia¹¹. Dicho en otras palabras el saber se ejerce como discurso, como poder de transferir el orden de los signos a aquello que se significa¹².

Para el pensamiento clásico, el lenguaje comienza donde no hay ya expresión, sino discurso. [...] El lenguaje es, de un cabo a otro, *discurso*, gracias a este poder singular de una palabra [el verbo] que hace pasar el sistema de signos hacia el ser de lo que se significa (LMC 107).

Lo que el pensamiento clásico hace surgir es el poder del discurso. Es decir del lenguaje en cuanto representa —el lenguaje que nombra, que recorta, que combina, que ata y desata las cosas al hacerlas ver en la transparencia de las palabras (LMC 303).

¹¹ A propósito de la Historia Natural, Foucault remarca: “una disposición fundamental del saber que ordena el conocimiento de los seres según la posibilidad de representarlos en un sistema de nombres” (LMC 170).

¹² Esta relación entre saber, poder y discurso constituye un eje central en la obra de Foucault, y resulta especialmente interesante para discutir la cuestión que anima esta indagación. Es preciso retomarla en el contexto de la genealogía.

Podemos ciertamente pensar que todos estos saberes que indagaban las formas de la vida, el lenguaje y los intercambios económicos eran maneras de codificar lo humano; sin embargo, en sus diagramas de identidades y diferencias esto no tenía mayor relevancia. Si el hombre aparecía en el cuadro no era en un plano distinto del resto de los elementos considerados; su presencia no dejaba marcas que demandaran un tratamiento epistémico diferente. Más aún, podríamos decir que el sistema de signos se conformaba y se validaba en total prescindencia de lo humano. Y es que, en tanto el régimen general de la representación organizara su propio lenguaje como un sistema de signos, la relación entre los significados incluidos en el cuadro y el sujeto que los produce (los inspira/los interpreta/los ordena) no sería problematizada. La relación entre signos y significados tenía que evitar todo espesor; dar cuenta de la transparencia era el requisito de validación. “El límite del saber será la transparencia perfecta de las representaciones a los signos que las ordenan” (cf. LMC 91)¹³.

En este punto es preciso remitirnos al comentario que hace Foucault en una interpretación de *Las Meninas* señalando que el cuadro de Velásquez resume el *a priori* de la relación epistémica clásica: el sujeto de la representación, en tanto tal, queda siempre fuera del cuadro; la condición de posibilidad de su saber está dada por un lenguaje que deja fuera la posibilidad de vincular las formas representadas al proceso mismo de representación. “Como si el pintor no pudiera ser visto a la vez sobre el cuadro en el que se le representa y ver aquel en el que se ocupa de representar algo. Reina en el umbral de estas dos visibilidades incompatibles” (LMC 20).

Siguiendo la perspectiva de este análisis arqueológico cabe anticipar que será justamente la tensión entre el sujeto de conocimiento y el sujeto objetivado lo que dará lugar a una nueva *epistème*, la cual pretenderá conocer y pensar lo humano en los límites mismos de la representación¹⁴. Esto implicará, sin

¹³ También leemos: “Entre el signo y su contenido no hay ningún elemento intermediario, ni ninguna opacidad. [...] En la época clásica, la ciencia pura de los signos tiene el valor del discurso inmediato del significado” (LMC 80-81).

¹⁴ Más adelante, cuando abordemos la cuestión de la relación saber-poder en el ejercicio de estas prácticas discursivas podremos retomar este señalamiento para preguntarnos hasta qué punto la eficacia de la ‘voluntad de saber’ no reside justamente en anular esta tensión privilegiando sin más el punto de vista desubjetivado de los discursos serios. La discusión que queda pendiente es la de la relación entre criterios que validan la representación y los criterios para abordar la compleja relación entre lo objetivado y el lenguaje objetivante. Este es, sin dudas, un eje central en el debate acerca de las condiciones de posibilidad del saber acerca de la experiencia humana y de los lenguajes habilitados en el campo. Retomaremos algunos aspectos a propósito del origen de la psicología.

duda, un trastocamiento de los modos de problematización y los criterios de validación de los discursos que interrogan la experiencia de la cultura.

Para aproximarnos a ese momento de quiebre tenemos que observar de qué manera la modalidad epistémica puesta en juego en el decir/ordenar la empiricidad sufre una fuerte mutación a fines del siglo XVIII, cuando el lenguaje general del saber inaugura niveles de visibilidad que desafían los límites de la representación. Y es que en el marco de la interacción con los fenómenos naturales, lingüísticos y económicos se plantean relaciones que hacen brecha en el conjunto continuo y sistemático de las representaciones vigentes de los seres la naturaleza, de las formas del lenguaje y de los intercambios de riquezas; esto ocurre cuando se empieza a considerar el carácter procesual de estos fenómenos tratándolos como objetos que prometen hacerse inteligibles desde la idea de ‘organización’. Ya no se privilegia el lenguaje que sabe configurar un espacio de ordenamiento —sistemático o clasificadorio— de lo diverso sino que se buscan las marcas que permitan leer en el devenir mismo de los procesos el principio de sus articulaciones. Es éste el momento en que surgen los campos de la biología, la filología y la economía política; en todos ellos las significaciones de lo empírico aparecen en su calidad de efectos de una fuerza que es preciso indagar. Foucault subraya aquí la tensión que habita esta perspectiva de saber que debe exceder los límites de la representación para vincular los elementos que hasta el momento saturaban la visibilidad del cuadro con una raíz configuradora que permanece en tanto tal irrepresentable.

La representación está en vías de no poder definir ya el modo de ser común a las cosas y al conocimiento. El ser mismo de lo que va a ser representado va a caer ahora fuera de la representación misma (LMC 252-253).

El fin del pensamiento clásico —de esta *epistème* que ha hecho posible la gramática general, la historia natural y la ciencia de las riquezas— coincidirá con la retirada de la representación, o más bien con la liberación, por lo que respecta a la representación, del lenguaje, de lo vivo y de la necesidad. El espíritu oscuro pero obstinado de un pueblo que habla, la violencia y el esfuerzo incesante de la vida, la fuerza sorda de las necesidades, escapan al modo de ser de la representación (LMC 222).

Se van produciendo así las condiciones para que desde el lenguaje de la biología, la filología y la economía política no sólo se indaguen los fenómenos en su movimiento de configuración sino que se habiliten las voces que preguntan por las condiciones que hacen posible esta experiencia¹⁵. Ya no

¹⁵ Ciertamente, y tal como Foucault lo señala en uno de los apartados del texto, esta *epistème*

basta con trazar el cuadro general de las formas gramaticales, hay que abordar el lenguaje como empiricidad productora de signos; ya no vale la clasificación exhaustiva de los seres vivos, es preciso tratar la vida en la tensión de su movimiento; ya no interesa detenerse en las reglas del intercambio de riquezas, hay que cuestionar la experiencia del trabajo que produce este valor. En cada caso, el régimen de conjunto sólo se hará inteligible en la medida en que se piense atravesado por los modos de temporalidad de la experiencia humana.

Se configura así un nuevo contexto de interrogación en el que el hombre ya no aparece como una figura caracterizable en el cuadro de las representaciones sino como aquel que produce/ordena/modifica lo representado, aquel que finalmente se caracteriza porque “puede ser conocido en la medida en que habla, vive, trabaja” (Foucault 1966 501).

De modo más general, el hombre no es, para las ciencias humanas, este ser vivo que tiene una forma muy particular (una fisiología muy especial y una autonomía casi única); es ese ser vivo que, desde el interior de la vida a la cual pertenece por completo y por la cual está atravesado todo su ser, constituye representaciones gracias a las cuales vive y a partir de las cuales detenta esta extraña capacidad de poder representar justamente la vida.

[...] El objeto de las ciencias humanas no es este hombre que, desde la aurora del mundo o el primer grito de su edad de oro, estaba consagrado al trabajo; es ese ser que, desde el interior de las formas de la producción que dirigen toda su existencia, forma la representación de sus necesidades, de la sociedad por la cual, con la cual o contra la cual las satisface en tal medida que, a partir de allí puede finalmente darse la representación de la economía misma.

[...] El objeto de las ciencias humanas no es, pues, el lenguaje (hablado sin embargo sólo por los hombres), es ese ser que, desde el interior del lenguaje por el cual está rodeado, se representa, al hablar, el sentido de las palabras o de las proposiciones que enuncia, y se da, por último, la representación del lenguaje mismo.

Vemos que las ciencias del hombre no son un análisis de lo que el hombre es por naturaleza; sino más bien un análisis que se extiende entre aquello que es el hombre en su positividad (ser vivo, trabajador,

moderna comparte con la filosofía kantiana con la preocupación por interrogar las condiciones de posibilidad de la experiencia (cf. LMC Cap. 7).

hablante) y aquello que permite a este mismo ser saber (o tratar de saber) lo que es la vida, en qué consisten la esencia del trabajo y sus leyes y de qué manera puede él hablar (LMC 363-364).

TENSIONES Y COMPLEJIDADES

Los escritos de Foucault dejan en claro que el hecho de plantear que el hombre surge como objeto de conocimiento en un momento histórico preciso no significa creer que el hombre yacía ahí, en el espacio de lo desconocido y, a partir de ese momento, los discursos serios empezaron a ocuparse de su estudio. El juego de problematizaciones que rompe la continuidad del tratamiento epistémico propuesto por el régimen de representación no está pensado como un gesto que, superando los límites de la perspectiva anterior, atiende a una verdad subyacente. Cuando se afirma que los interrogantes que dan lugar a las ciencias del hombre desafían los límites de la representación se expone un movimiento que no puede leerse en términos de progreso. La transformación de la *epistème* no es resultado de una pretensión de avance del conocimiento (que pudiera estar articulada con ciertos intereses prácticos) sino de una discontinuidad en el régimen de problematizaciones que orienta el esfuerzo de la investigación. Así como el quiebre de la relación de similitud entre las palabras y las cosas pudo dar lugar al ordenamiento clásico, es ahora la tensión entre lo representado y su condición de posibilidad la que constituirá el lenguaje de una nueva perspectiva epistémica.

El hombre —como objeto de conocimiento— nace en el seno de esta tensión. Y su figura estará viva en tanto se mantenga la pretensión de abordar la multiplicidad empírica desde ciertas claves que aportan inteligibilidad en la medida en que se mantienen ellas mismas irrepresentables¹⁶. Esta es la condición epistemológica de las formaciones discursivas que hoy reconocemos con el nombre de ciencias humanas.

Foucault dirá que las ciencias humanas “aparecieron el día que el hombre se constituyó en la cultura occidental a la vez como aquello que hay que pensar y aquello que hay que conocer [...] Es un acontecimiento en el orden

¹⁶ Para volver sobre la cuestión del suelo criterial sobre el que se organizan estos discursos, es preciso remarcar que en este régimen de lecturas de la experiencia, las ‘claves’ de la vida, el trabajo y el lenguaje no sólo permiten decir la relación entre lo percibido y la actividad subjetiva; ellas constituyen nudos categoriales capaces de articular las preguntas y problematizaciones de cada campo en su abordaje de la multiplicidad empírica; nudos que, a su vez, tendrán que ser pensados en la perspectiva del sentido que ellos mismos pretenden hacer inteligible.

del saber. Y este acontecimiento se produjo él mismo en una redistribución general de la *epistémé*” (LMC 356).

En efecto, la *epistémé* de las ciencias humanas se muestra en todo su espesor cuando deja entrever la complejidad que habita su lenguaje, lenguaje en el que conviven pretensiones de inteligibilidad irreductibles entre sí: pensar lo humano, conocer lo humano. El hombre como aquello que hay que pensar y aquello que hay que conocer... Esta doble disposición epistémica, que surge cuando ya se ha dejado atrás el régimen de la representación (que mantenía el orden en el nivel relacional de las identidades y diferencias), exigirá, por una parte, atravesar lo representado en su diversidad para conocer las relaciones que hacen inteligibles sus caracteres visibles; por otra parte, pensar en qué reside la fuerza que da continuidad/unidad a esta experiencia.

Conocer y pensar: la lectura de la positividad empírica va a referir —explícitamente o no— a una analítica de la finitud, la que a su vez hallará sus formas concretas en el decir de la empiricidad. Un juego de reenvíos que quizás no cuente con otra posibilidad de unidad que la que se dibuja en la tensión de sus bordes. Y esto es sumamente interesante a la hora de replantear la cuestión de la vigencia de una racionalidad criterial... ¿Criterios del conocer? ¿Criterios del pensar? ¿Regulaciones para un juego de reenvíos?

Dejamos en suspenso estas preguntas. Todavía no concluyó la descripción de las prácticas epistémicas. La complejidad de las ciencias humanas aparece nuevamente trabajada por Foucault cuando analiza el modo en que estos lenguajes se constituyen como un espacio interdiscursivo. Es decir, el movimiento que sitúa al hombre en el lugar del objeto de conocimiento conlleva un trastocamiento de los modos de interacción entre los saberes que hasta el momento trabajaban en esferas aisladas las categorías que se ven ahora comprometidas en la interrogación de lo humano.

Siguiendo el recorrido arqueológico que Foucault expone en la última parte de *Las palabras y las cosas* (LMC cap. 10), entendemos que el campo propio de las ciencias humanas se configura como un espacio atravesado por las perspectivas epistémicas de las ciencias llamadas exactas (para las cuales el orden es siempre el encadenamiento deductivo de las proposiciones), las ciencias empíricas (que buscan establecer las relaciones causales y constantes estructurales de los fenómenos) y la reflexión filosófica (que como pensamiento de los mismos trabaja las distintas direcciones de una analítica de la finitud). Y el hecho de que el conocimiento de lo humano se construya en el espacio interdiscursivo de este *triedro de saberes* significa que sus pretensiones de producción y validación estarán desplegando y al mismo tiempo contra-

poniendo las opciones epistémicas que se plantean desde estas perspectivas. Podemos decir entonces que el lenguaje de las ciencias humanas crece en el juego de roces que se producen en este espacio interdiscursivo y que es esta convivencia conflictiva la que da lugar también al movimiento de sus cuestionamientos epistemológicos.

Esta postura las condena a una inestabilidad esencial. Lo que explica la dificultad de las ciencias humanas, su precariedad, su incertidumbre como ciencias, su peligrosa familiaridad con la filosofía, su apoyo mal definido sobre otros dominios del saber, su carácter siempre segundo y derivado junto a su pretensión a lo universal, no es, como se dice a menudo, la extrema densidad de su objeto; no es el estatuto metafísico, o la imborrable trascendencia de este hombre del que hablan, sino ciertamente la complejidad de la configuración epistemológica en la que se encuentran situadas, su relación constante a las tres dimensiones que les da su espacio (LMC 359).

Este señalamiento de Foucault nos parece sumamente importante para reconsiderar la cuestión de la racionalidad criterial en relación al lenguaje de las ciencias humanas. Parece quedar claro que justamente, en este espacio interdiscursivo lo que se reitera es la situación de conflicto entre diversas pretensiones y regulaciones epistémicas. Y también parece quedar claro que no habría un afuera de este espacio interdiscursivo en el que se pudiera descubrir o convenir un orden capaz de autorizar el juego de conjunto.

SITUACIONES E IDENTIDADES EPISTÉMICAS - EL 'CASO' DE LA PSICOLOGÍA.

En un artículo que escribe tempranamente, en 1957, Foucault ya abordaba algunas de las preocupaciones que atraviesan y animan la investigación científica y en especial la que se desarrolla en el campo de la psicología. En este contexto señala “uno de los a priori históricos de la psicología, en su forma actual, es esta posibilidad de ser —según el modo de la exclusión— científica o no” (Foucault 1957 138). Y aclara que, a diferencia de los desarrollos de la investigación en física o en biología, que surgen como dominios de investigación posible en el interior de una objetividad ya científica, la psicología y las ciencias humanas en general emergen en un contexto que parece plantear la posibilidad de ‘optar’ por su nivel o umbral de científicidad.... de optar por su inclusión o exclusión de un territorio perfectamente demarcado.... de

optar por ser rigurosamente válida o relativamente aceptable... esgrimiendo, en todos los casos, argumentos racionales que sustentan una u otra opción.

Ahora bien... lo que plantea Foucault en este artículo es que las ciencias humanas se constituyen a partir de la pregunta por su propio horizonte de producción y que, más acá de la revisión de las condiciones epistemológicas que sustentan la opción por inscribirse o no en el régimen de procedimientos que les permitirían formar parte de la ‘constelación de la objetividad’, lo que merece atención es “el desorden y el escepticismo fundamental” (Foucault 1957 139) al que las deja vinculadas dicha pregunta. Dicho en otras palabras, más allá de los resultados que se obtengan en la discusión acerca del estatuto epistemológico de las ciencias humanas, el a priori histórico en el que emergen condiciona la constitución de su lenguaje de tal manera que éste no podrá eludir su carácter relacional y la exigencia de ‘autopresentación’ que este carácter comporta.

No se puede interrogar a la investigación psicológica como uno interroga tal o cual otra forma de investigación, a partir de su inserción en el desarrollo de una ciencia o en las exigencias de una práctica: es preciso pedir a la investigación que dé cuenta de su opción de racionalidad; es preciso preguntar por un fundamento que ya sabemos que no es la objetividad constituida de las ciencias; es preciso finalmente interrogarla sobre el estatuto de verdad que ella misma confiere a la ciencia puesto que es su elección lo que hace de la verdadera psicología una psicología verdadera (Foucault 1957 139).

En este fragmento encontramos ya una primera operación de inversión: al hablar de ‘opción de racionalidad’ y al indicar que en esta opción se le ‘confiere a la ciencia un estatuto de verdad’ los dos términos, razón y verdad son re-puestos en un juego relacional que ya no podrá ser objeto de un lenguaje criterial. No son los enunciados que la psicología —o las ciencias sociales— consideran válidos los que constituyen el tema en cuestión sino la perspectiva de interrogación y objetivación que comporta su estrategia discursiva¹⁷.

La psicología no debe pues ser interrogada sobre su verdad a nivel de su racionalidad científica, ni a nivel de sus resultados prácticos, sino a nivel de la *elección* que ella hace al constituirse como ciencia. (Foucault 1957 156)¹⁸.

¹⁷ Es en este sentido que Foucault necesita explicitar la diferencia entre ‘enunciado y proposición. (cf. AS Cap. 3, 1).

¹⁸ Acá cabría remarcar que la presencia o la necesidad de esta ‘elección’ no es privativa de la psicología,

La arqueología produce aquí un desplazamiento irreversible en los planos de interrogación epistemológica. No sólo porque incorpora al discurso de las ciencias en un juego de remisiones que vincularán la continuidad de sus regímenes enunciativos a la vigencia de ciertas prácticas sino porque al plantear la ‘opción por la racionalidad’ en términos de elección insta una perspectiva crítica que ya no va a progresar en una dinámica de refutaciones –en función de las cuales sería preciso mantener ciertos criterios- sino en la reivindicación de una ‘pragmática de lo múltiple’¹⁹ que en tanto tal resiste a cualquier trasfondo criterial.

En efecto, la relación epistémica propia del campo de las ciencias sociales guarda una paradoja: tener que ‘justificar’ la validez de su perspectiva racional acudiendo a un lenguaje criterial que ellas mismas han elegido como vía de autorización de su saber... y dejar en suspenso la pregunta *¿con qué lenguaje ‘justificar’ esta elección?*

Ahí tenemos el punto en el que se anudan las principales paradojas de la investigación psicológica cuando se la toma al ras de sus instituciones, de sus formas cotidianas y en la dispersión de sus trabajos (Foucault 1957 139).

A MODO DE SÍNTESIS...

Hemos recurrido a los trabajos de Michel Foucault correspondientes a la primera etapa de su obra en función de indagar las categorías de un análisis arqueológico de la relación entre los lenguajes que se despliegan en el campo de las ciencias humanas y los ordenamientos discursivos que se producen en torno a las pretensiones de una racionalidad criterial.

A través de este análisis, las ciencias del hombre se exponen en su calidad de saberes que, gestados en la tensión de un lenguaje que pretende conocer y pensar lo humano en los límites mismos de la representación, necesitan desplegarse en un espacio interdiscursivo. Esto significa que las prácticas epis-

ni siquiera de las ciencias humanas. En oportunidad de exponer algunas consideraciones acerca del trabajo de G. Canguilhem, Foucault refiere a las paradojas que habitan la historia de las ciencias de la vida, las cuales sólo se han podido desarrollar en la medida en que para atender al desafío que les proponía el problema específico de la enfermedad buscaron a partir del vitalismo los indicadores teóricos de los problemas a resolver y los indicadores críticos de las reducciones a evitar. Nos interesa subrayar especialmente aquí la frase con la que Foucault cierra este tramo de su exposición para aclarar que “se trataba de una exigencia más que de un método, de una moral más que de una teoría” (Foucault 1985 773).

¹⁹ Expresión utilizada por G. Deleuze quien afirma que “toda la filosofía de Foucault es una pragmática de lo múltiple” (cf. Deleuze 1986 113).

témicas que configuran estos campos del saber no pueden ser legítimamente validadas desde un ordenamiento metadiscursivo unitario y estable; no sólo porque sus formaciones discursivas necesitan recurrir a criterios diversos para habilitar perspectivas epistémicas complejas, sino porque, en última instancia, tienen que admitir la imposibilidad de justificar sus opciones epistémicas, la imposibilidad de dar cuenta de su propio archivo.

Al mismo tiempo, sostener esta perspectiva no implica considerar que la validez de las prácticas epistémicas únicamente podrá ser discutida en el marco de los regímenes discursivos en los que se producen. De los trabajos de Foucault no se deriva una solución relativista sino que se refuerza la posibilidad de una nueva crítica epistemológica. Esto es, si el rastreo de las discontinuidades históricas de los regímenes epistémicos hace visibles los desplazamientos criteriales, el análisis no puede concluir en una convalidación contextual de los saberes; más bien al contrario, al dar cuenta de la fragilidad constitutiva de estas ciencias, se ofrecen claves para una lectura crítica de los monumentos discursivos que tienden a olvidar las raíces históricas que han hecho posible sus estructuraciones epistémicas.

TRABAJOS CITADOS

- Britos, María del Pilar. “Richard Rorty: justificación y práctica social”. *Cuadernos de Epistemología* 1 (2004). CIFPE- FCE-UNER, Paraná.
- Deleuze, Gilles. *Foucault*. Paris: Ed. De Minuit, 1986.
- Foucault, Michel. “La recherche scientifique et la psychologie”, 1957. *Dits et Écrits*. Vol. 1. 137-159.
- . *Les mots et les choses* [LMS]. Paris: Gallimard, 1966.
- . “Les mots et les choses”, 1966. *Dits et Écrits*. Vol. 1. 498-503.
- . *L'archéologie du savoir* [AS]. Paris: Gallimard, 1969.
- . “Verdad y poder”. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1979.
- . “Foucault”, 1984. *Dits et Écrits*. Vol. 4. 631-636.
- . “La vie: l'expérience et la science”. 1985. *Dits et Écrits*. Vol. 4. 774-775.
- . *Dits et Écrits*. 4 Vols. Ed. Daniel Defert. Paris: Gallimard, 1994.
- . *Una lectura de Kant*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.